Série 1.ª — 21 Septiembre 1891 — Número. 16

ESTUDIOS TEOSÓFICOS

Satyât Nâsti Paro Dharmah
NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

Para pedidos é informes dirigirse á la imprenta de estos Estudios Teosóficos

El alma es eterna, universal, permanente, inamovible; es invisible, inconcebible é inalterable.

(Del *Bhagavad-Gita*.—II.)

En vista de la importancia que tiene el siguiente capítulo de esta preciosa novela, para hacerse cargo de la Constitución del Hombre, hemos creído conveniente su publicación en los *Estudios Teosóficos*.

UNA EXTRAÑA HISTORIA

POR

BULWER LYTTON

Capítulo XXXII

Tomó asiento Margrave en una butaca colocada precisamente debajo del gran anacondo; (1) yo cerré la puerta con llave. Una vez hecho esto, fijáronse mis ojos en la cara del joven, y sorprendióme el ver que había perdido su color, dando muestras de una gran ansiedad y angustia; y á la vez que un temblor perfectamente visible agitaba sus manos.

(1) Anacondo, ó anaconda: una de las serpientes de mayor tamaño que se conocen, pues según algunos viageros, llega á alcanzar hasta diez metros de longitud.

(N. del T.)

—«¿Qué es esto?» dijo con voz débil, y levantándose á medias de su asiento, con un gran esfuerzo. «¡Ayudadme á levantar, á que me marche! Algo hay en esta habitación que me es hostil y abrumador! ¿Qué puede ser?

—«La verdad y mi presencia» contestó una voz severa y profunda; y Sir Philip Derval, cuya endeble forma la enorme masa del elefante muerto había ocultado antes á mi vista, saliendo súbitamente de la sombra, apareció plenamenie iluminado por los rayos de las lámparas encendidas para alumbrar, como si fuese para una orgía humana, aquella tumba burlona destinada á los juegos de la Naturaleza, la cual, ó bien esclaviza al hombre á su servicio, ó le mata para su diversión.

En cuanto Sir Philip habló y empezó á avanzar, fué hundiéndose Margrave en su asiento, acurrucándose, encogiéndose, sin fuerzas; su mirada fija y sus labios entreabiertos demostraban el terror más abyecto. Por otra parte, la sencilla y digna actitud de Sir Philip Derval y la suave autoridad de su persona parecían haber aumentado de un modo inconcebible. Un completo cambio había tenido lugar en aquel hombre, y la impresión producida por el mismo era grande, por ser completamente indefinible.

Deteniéndose frente á Margrave, pronunció algunas palabras en una lengua para mi desconocida, y estendió una mano sobre la cabeza del joven. Instantáneamente el cuerpo de Margrave púsose tieso y rígido, pareciendo de piedra. Sir Philip me dijo:

—«Ponga V. una de aquellas lámparas en el suelo; aquí, á sus piés.»

Cogí una de las lámparas coloradas que colgaban del árbol en torno del cual el gran anacondo se hallaba enroscado, y la coloqué allí donde me había dicho.

—"Siéntese V. en frente de él y observe.„

Obedecí.

Mientras tanto, había sacado Sir Philip de su bolsillo una pequeña caja de acero, y observé, al abrirla, que su interior se hallaba dividido en varios compartimentos, cada uno de los cuales tenía su tapa correspondiente; de uno de estos tomó y esparció sobre la lámpara unos pocos granos de un polvo brillante é incoloro, á manera de polvos de diamante; al cabo de un segundo, poco más ó menos, un delicado perfume, para mi desconocido por completo, brotó de la lámpara.

—«Quería V. esperimentar la condición de trance, (1) espiriméntela V., pues, y en el espíritu.

(2) La palabra *trance*, inglesa, ha sido aceptada por los escritores franceses, pues no es ni éxtasis, ni estado sonambúlico, aunque participa de ambos, por esto no vacilamos en emplearla.

Y mientras hablaba, su mano se posó ligeramente sobre mi cabeza. Hasta entonces, en medio de mi sorpresa, que por cierto no se hallaba libre de un cierto temor, había yo sentido alguna desconfianza, una vaga sospecha. Había permanecido en guardia.

Pero en cuanto aquellas palabras fueron pronunciadas, con aquella mano que en mi cabeza se apoyaba, con aquel perfume que emanaba de la lámpara, todo el poder de mi voluntad me abandonó. Mi primera sensación fué la de una sumisión pasiva, pero pronto noté en mí una extraña intoxicación efecto del olor de la lámpara, en torno de la cual se movía ahora un brillante vapor. Como en un vértigo, la habitación daba vueltas. A manera de un hombre oprimido por una pesadilla, procuraba moverme y gritar; sintiendo que el hacerlo hubiera sido suficiente para romper el hechizo que me paralizaba. Todo era en vano.

Un tiempo que me pareció inexorablemente largo, pero que, como vi después, podía haber durado sólo algunos segundos, transcurrió en este estado preliminar, el cual aunque caracterizado por una completa impotencia, no estaba desprovisto de cierto sentimiento placentero y de bienestar. Y entonces, súbitamente se presentó una sensación penosa, un dolor que en rápidas gradaciones pasó á las angustias de la agonía. Cada uno de los huesos, tendones, nervios y fibras del cuerpo parecían completamente dislocados, y como si alguna Presencia hasta entonces no conjeturada en el organismo vital, estuviese luchando dolorosamente por manifestarse. Las venas hinchadas parecían á punto de estallar, el corazón procuraba mantenerse en su acción por medio de terribles espasmos. Siento, al hacer esta descripción, que las palabras que empleo no pueden dar una idea perfecta de la misma. Sea como quiera, la angustia que experimenté sobrepujaba á todo cuanto he sufrido referente á dolores físicos. Este intérvalo terrible concluyó tan repentinamente como había principiado. Sentí como si algo indefinible hubiese salido violentamente de mi mismo, y con esto terminó aquella lucha. Esperimenté entonces aquel pasivo bienestar que viene después de la tortura, y acto contínuo una maravillosa calma difundióse por todo mi sér, y en medio de aquella calma, el sentimiento, la conciencia de alguna elevada inteligencia, mucho más allá, á una distancia inconmensurable de todo cuanto la humana memoria atesora de los conocimientos terrenos. Viante mi la forma todavía rígida de Margrave, y mi vista parecía penetrar fácilmente al través de sus envolturas de carne, y observar todo el mecanismo del sér interior.

—«Contempla aquella cáscara de arcilla, que tan hermosa ahora parece,

tal como era cuando por última vez la vi yo, tres años hace, en casa de Haroun de Aleppo!»

Miré, y gradualmente, así como una sombra tras otra caen sobre la falda de la montaña, á medida que las nubes se amontonan, y desaparece finalmente el sol, del mismo modo la forma y la faz que contemplaba iban pasando de la exuberancia de la juventud á la decrepitud de una ancianidad enfermiza. La piel arrugada y descolorida, los ojos lagañosos y apenas visibles, los músculos flácidos, los huesos quebradizos y sin savia. No se limitaba el cambio al de la edad solamente; la espresión general se había convertido en fúnebre descontento, y en cada una de las arrugas una pasión ó un vicio habían sembrado los gérmenes del dolor.

Y el cerebro se presentaba abierto ante mis ojos, con su completo laberinto de células. Me parecía tener la llave de cada una de las vueltas del laberinto,

Vi allí un mundo moral, ennegrecido y arruinado, como, según había leído en alguna fábula, se dice que es el mundo de la luna; y sin embargo, era un cerebro de magnífica formación. Los poderes que habían abusado del mal habían sido en su origen de una rara elevación; imaginación é independencia; las energías que osan; las facultades que descubren. Pero la parte moral del cerebro, no había logrado dominar á la mental. Defectuosa veneración de todo cuanto es bueno y grande; cínico desdén á todo cuanto es legítimo y justo: en resumen, una gran inteligencia, primero extraviada después pervertida, y derrumbándose ahora, al compás de la decadencia del cuerpo, en ruinas espectrales pero imponentes. Tal había sido, tres años antes, el mundo de aquel cerebro. Y continuando todavía contemplándolo, observé en él tres distintas emanaciones luminosas: la una de un rojo pálido, la segunda de un pálido azul, la tercera una centella argentina.

La luz roja, que palidecía más y más á medida que yo la contemplaba, ondulaba desde el cerebro á lo largo de las arterias, de las venas y de los nervios. Y yo á mi mismo me decía, «¿Es éste el principio de vida animal?»

Del mismo modo la luz azul penetraba al través de la forma entera, entrecruzándose y uniéndose con la roja, pero como un rayo separado y distinto, exactamente como, en el mundo exterior, un rayo de luz cruza ó se une con un rayo de calor, á pesar de ser en si mismo un agente individual y separado. Y de nuevo á mí mismo me dije:«¿Este es el principio de existencia intelectual, dirigiendo ó influyendo al de la vida animal: va con él, pero sin embargo, no es él?»

Pero ¿y la centella argentina? ¿Qué era? Su centro parecia ser el cere·

bro. Pero yo no podía fijarla en un órgano solo. Aún más, siempre que contemplaba al entero sistema, reflejábase por si misma á manera de una estrella en el agua. Y observé que, á medida que la luz roja iba debilitándose más y más, y que la azul se hacía más confusa é irregular, unas veces deteniéndose, otras brotando súbitamente, otras casi estinguida, la argentina centella permanecía fija é inalterable. Era tan independiente de todo cuanto agitaba y atormentaba á la forma que quedé extrañamente convencido de que si el corazón cesase én su acción y muriese la luz roja, de que aunque en caso de una parálisis del cerebro que hundiese á aquella mente enérgica en el idiotismo, é hiciese vagar á la luz azul sin objeto ninguno á manera de un metéoro sobre los pantanos; á pesar de todo esto, la centella argentina continuaría, sin embargo, brillando lo mismo, indestructible por nada de lo que pueda despedazar su tabernáculo. Y yo me dije á mí mismo. «¿Puede aquella argentina centella anunciar la presencia del alma? ¿Brilla la luz plateada en el interior de criaturas á las cuales ninguna vida inmortal les ha sido prometida por la Revelación Divina?»

Involuntariamente volví mis ojos hácia las muertas formas de la abigarrada colección, y.. en mi *trance* ó visión, á todas ellas volvió la vida! Al elefante y á la serpiente; al tigre, al buitre, al escarabajo y al gusano; al pez y al pólipo; y al remedo del hombre, al mono gigantesco.

Me parecia ver á cada uno de ellos tal como vivía en su reino respectivo, én la tierra, en el aire ó en el agua; y la luz roja, de un tono más ó menos caliente, se movía al través de la estructura de cada uno de ellos; y la luz azul, si bien de un tono más oscuro, parecía lanzarse al través de la roja, y comunicar á las criaturas una inteligencia muy inferior, en verdad, á la del hombre, pero lo suficiente para dirigirir la corriente de su voluntad, é influir en la viveza de sus instintos. Pero en ninguno de ellos, desde el elefante al gusano, desde el ave, en la cual el cerebro era mayor, al híbrido en quien la vida parecía más bien la de una planta, en ninguno de ellos la argentina centella era visible. Separé mis ojos de las criaturas que en torno mio estaban, y los volvi á dirigir á la forma acurrucada debajo del enorme anacondo, aterrorizado ante la animación que presentaban aquellos animales, en medio de lás terribies ilusiones de aquel maravilloso *trance*; porque el tigre se movía como si oltatease la sangre, y los ojos de la serpiente parecían recobrar su fascinación mortal.

De nuevo fijé mis ojos en la argentina centella en la forma del hombre. Y dije para mi mismo: «Si esta es el alma, ¿cómo es que permanece tan imperturbable y tan pura en medio de los pecados, que tales trazas han dejado

y tales estragos han hecho en el mundo del cerebro?» Y observando todavía la centella con mayor atención. cercioréme vagamente de que no era el alma, era sólo la aureola que al alma circunda, así como la estrella que en el cielo contemplamos no es la estrella misma, sino el círculo de sus rayos. Y si la luz permanecía pura é imperturbable, era porque ningún pecado en el cuerpo cometido, ni podía aniquilar su esencia, ni afectar á la eternidad de su duración. El resplandor de la luz era puro dentro de las ruinas de su tabernáculo, porque podía salir de entre las mismas, pero no ser extinguida.

Pero el alma misma en el corazón de la luz reflejaba en mi propia alma, en mi interior, su turbación inefable, su humillación, su tristeza; por aquellos fúnebres naufragios de poder colocados á su soberano arbitrio era responsable; y anonadada por su propio y sublime distino de duración, estaba á punto de llevarse á la eternidad la sentencia de su misión al través del tiempo. Sin embargo, mientras el alma permanecia alli, las ruinas en torno de la misma tenian algo de magestuoso, á pesar de su aspecto desolado y de la maldad en ellas impresa. Y el alma, cualquiera que fuese la sentencia á que se habia hecho acreedora, no estaba entre las irremediablemente perdidas. Porque en medio de sus remordimientos y vergüenza podia haber conservado todavia lo que podia servirle para su redención. Y yo contemplaba á la mente luchando con el alma; rebelada, en guerra terrible, toda de pensamiento, de pasión, de deseo, durante la cual la luz azulada brotaba en corriente, desasosegada, concentrando sus olas en torno de la centella argentina, sitiándola. Y yo no podia comprender la guerra, ni conjeturar que era lo que la mente pretendia del alma. Su antagonismo era únicamente lo que hacia inteligible la distinción entre las dos. Y veia yo que el alma, penosamente tentada, procuraba escapar de los súbditos á quienes tan mal habia dominado, y que procuraban reducir al vasallaje á aquel poder, que, como á su rey, habia perdido la autoridad. Yo podia esperimentar su terror en la simpatia de mi propio terror, en la viveza de mi propia compasión suplicante. Sabia yo que el implorar la salvación de los peligros, equivalia á confesar su falta de energia para conjurarlos. Y súbitamente lanzóse la argentina centella de en medio de las ruinas y tumulto que le rodeaban, lanzóse al espacio, y desapareció. Y alli en donde mi alma habia reconocido la presencia del alma, existia un vacio. Pero la luz roja ardia todavia, aumentando más y más, haciéndose mas vivida, y á medida que aumentaba y concentraba su brillo, la entera forma animal que hasta entonces habia sido tan decrépita, empezó á restaurar su decadencia, aumentó su vigor, volvió á la

juventud; y vi á Margrave tal como le habia visto en el mundo despierto, la radiante imagen de la vida animal con la belleza de la mas hermosa de sus flores.

Y sobre esta rica vitalidad y este simétrico organismo, reinaba ahora únicamente á la par que la vida animal, la inteligencia. Habiendo huido la luz argentina, y desvanecida el alma, era todavia visible la mente; la mente, por medio de la cual las sensaciones comunican y acumulan ideas, y los músculos obedecen á la voluntad; la mente, como en aquellos animales que poseen algo más que simples instintos elementarios; la mente, tal como podria ser en los hombres, si estos no fuesen inmortales. Siguiendo mis ojos durante la visión, á la luz azulada, ondulando como antes á través de las células del cerebro, y entrecruzándose con la roja en medio del laberinto de los nervios, observé que la esencia de aquella luz azul habia sufrido un cambio; que habia perdido la facultad del contínuo y concentrado poder por medio del cual el hombre perfecciona las obras del pasado, y esboza bosquejos que serán desarrollados en lo futuro por generaciones remotas; habia perdido toda simpatia hacia el pasado, porque habia perdido toda concepción de un futuro más allá de la tumba; habia perdido la conciencia, habia perdido el remordimiento. El sér al cual animaba, no era ya por más tiempo responsable al través de la eternidad por el empleo del tiempo. La luz azul era, á la verdad, más viva en ciertos órganos útiles para la conservación de la existencia, y en aquellos órganos la habia observado más intensa que en el hombre, en algunos de los animales inferiores: secretividad, destructividad, y en la pronta percepción de cosas íntimamente relacionadas con las necesidades usuales. Y la luz azul era brillante en las células cerebrales, en las cuales antes habia sido opaca, en aquellas relacionadas con los sentimientos de alegria y de esperanza, porque allí la luz se hallaba concentrada por la exuberante salud del alegre sér animal. Pero era plomiza, ó débil, en los grandes órganos sociales por medio de los cuales subordina el hombre su propio interés al de su especie, y faltaba por completo en aquellos que sirven para recordar al hombre cuales son sus deberes respecto al trono de su Hacedor.

Gracias á aquella maravillosa penetración con la que la visión me dotaba, percibí que en aquella mente, á pesar de conservar de los recuerdos de su existencia primera las reliquias de una gran cultura y en ciertas cosas profunda; á pesar de estar afilada y aguzada con formidable, si bien engañosa fuerza, siempre que concertaba planes ó dirigia sus ideas hacia la propia conservación animal, convertida ahora en su principal impulso ó instin·

to, y aunque entre las reminiscencias de su estado anterior al cambio, existian artes que no podía yo comprender pero que sentía eran negras y terribles, prestando á una voluntad jamás refrenada por el remordimiento, armas que ninguna filosofía benéfica ha colocado en el arsenal de un génio disciplinado; á pesar de que la mente misma poseía un aliado en un cuerpo tan perfecto en fuerza y en elasticidad como puede un hombre deber á los favores de la naturaleza; á pesar de todo, digo, sentia yo que en aquella inteligencia faltaba aquel *algo*, sin el cual jamás podrán los hombres fundar ciudades, promulgar leyes, unir, embellecer y exaltar los elementos de este mundo, por medio de símbolos que generalmente les sujetan á una ú otra referencia. La hormiga, la abeja y el castor se congregan y construyen, pero no perfeccionan. El hombre perfecciona, porque el futuro impulsa hacia delante á aquello que no se encuentra ni en la hormiga, ni en la abeja, ni en el castor, aquello que había desaparecido del sér que ante mí estaba.

Mi alma se encogió horrorizada, cubrí mi cara con mis manos, y en alta voz, á manera de un gemido, pronuncié estas palabras: «¡Es cierto que siempre he dudado de si el alma es distinta de la mente!»

De nuevo una mano tocó mi frente, estinguióse la luz de la lámpara, quedé en un estado de insensibilidad, y en cuanto recobré mis sentidos, me encontré de nuevo en la habitación en la cual había por vez primera hablado con Sir Philip Derval, y sentado, como antes, en un sofá á su lado.

Como Sir Bulwer Littón fué discipulo de Elíphas Levi, el gran Kabalista francés, muchas de las cosas que escribía sabia el *porque* de las mismas. El capitulo anterior de su magnífica novela «Strange History,» es una espléndida descripción del hombre interno, y al mismo tiempo una leccion que deben tener presente los muchos aficionados que hay hoy día á las ciencias ocultas, pues de los ciento los 99 están en el camino de llegar en épocas futuras á ser unos perfectos Margraves. La primera condición del ocultista es el elevarse moral y filosóficamente; el fenómeno es lo de menos.

(Nota del Traductor).

(F. Montolíu)

CLASIFICACIÓN DE PRINCIPIOS

Una de las cosas que más confunden á los que se dedican á estudios teosóficos y Kabalísticos, ó que se sienten atraídos por el Ocultismo en general, son las distintas clasificaciones existentes sobre los principios humanos. Muchos ven en ello una prueba de las pretensiones de los que semejantes clasificaciones preconizan, y de que no saben, en realidad, nada concreto en lo referente á la cuestión de que se ocupan, y, disgustados, acaban por abandonar los estudios que en un principio les cautivaron. Otros, que son los más, gracias á la tendencia al dogmatismo, que más ó menos desarrollada en todos nosotros existe, y llevados por su procedencia, por ideas preconcebidas, ó por simples razones de preferencia, se declaran partidarios decididos de esta ó de aquella clasificación, y prescinden y aún critican á todas las demás. Los menos son aquellos que se toman el trabajo de estudiarlas todas, de compararlas atenta y cuidadosamente, y estos son en realidad los únicos que llegan á comprender la necesidad absoluta de la existencia de diversos sistemas de clasificación de los principios humanos, y por lo tanto, no desprecian á ninguna de las existentes, por dos razones: la primera, porque, dada la diversidad que vemos en la organización mental humana, todas ellas, aún las más elementales é imperfectas, responden á una necesidad real de un grupo humano más ó menos numeroso; y la segunda, porque las clasificaciones típicas y fundamentales, que son tres, la cuaternaria, la quinaria y la septenaria. responden también á hechos reales en la naturaleza, á fases distintas de la manifestación de la misma, y hay que acudir, según las circunstancias, á una ú otra de ellas.

Como en mi artículo acerca de la Constitución del Hombre (1) ya he presentado en forma de cuadro estas tres clasificaciones, á fin de que pueda verse claramente cuales son los principios que en ellas se corresponden mútuamente, no hay para que repetirlo; sólo indicaré que es necesario saberlo para el que se proponga estudiar en regla.

En el mismo artículo puede verse que la clasificación septenaria respon-

---

(1) Véase el n.º 7 de los *Estudios Teosóficos*.

de á la evolución humana, y por lo tanto, á la cósmica. Al hombre se le llama el Microcosmo del Macrocosmo, pero en realidad el Microcosmo es la Tierra, pues el hombre es ambas cosas á la vez: es Macrocosmo y Microcosmo, y si lo anterior es la opinión que domina, débese á que los reflejos de ciencia oculta que constituyen lo que hoy se llama Ocultismo Occidental, no pueden en manera alguna poseer ni la amplitud de miras ni la profundidad grandiosa de la Síntesis Oculta y Esotérica, que en Oriente ha permanecido y permanece completa y perfecta. Lo mismo sucede con el famoso dicho de Hermes: „Tal como es arriba, así es abajo", que tanto emplean los ocultistas. En Oriente dicen más bien: „Tal como es dentro, así es fuera", lo cual es mucho más propio, pues no existe arriba ni abajo en la inmensidad del Infinito, pero si su manera de ser interna y su aspecto esterior é ilusorio que apreciamos con nuestros sentidos groseros.

Como la evolución del Cosmos, y la del hombre constituyen, por decirlo así, el hecho de más trascendencia del cual somos actores y espectadores al mismo tiempo, la clasificación septenaria es la más importante. Si esta clasificación ha tenido sus detractores desde que la S. T. la promulgó, se debe á que, tanto los Kabalistas Occidentales, como los mismos Brahmanes que se han opuesto á ella, han visto con muy malos ojos que lo que hasta ahora había permanecido oculto fuese revelado al mundo profano, y por consiguiente, han tratado de desacreditarla. No lo han logrado, ni es probable que lo logren, pues el número 7 es el número de la Naturaleza considerada bajo el punto de vista evolutivo, y solo basta con fijarnos un poco para verlo siempre repetido, no sólo en los libros que se ocupan de la ciencia oculta en sus múltiples fases, sino también en las mismas obras de la moderna ciencia Occidental; esta reconoce 7 colores, 7 sonidos; y Keely el gran redescubridor americano de la fuerza que él llama inter-etérica, sin haberse jamás ocupado de ocultismo, divide á su éter en 7 gradaciones también. William Crookes descubre en Europa el 4.° estado de la materia, que llama Radiante, además del cual existen otros 3, pues á *Prakriti* (la materia) se la considera como septenaria en Oriente.

La clasificación septenaria es la más importante, por referirse en especial á lo que mas importancia tiene para el Cosmos y para el hombre, ó sea la Evolución.

Las clasificaciones quinaria y cuaternaria son tambien de la mayor importancia, y deben ser estudiadas y meditadas por todos aquellos que deseen ir al fondo de las cosas. La quinaria (Vedantina) responde á las 5 *Kosas* ó envolturas, digámoslo así, que en el sér humano se observan, y se halla ín-

timamente relacionada con los 5 Tatwas, ó formas vibratorias del Eter que dan origen á las 5 sensaciones que conocemos, como oir, tocar, ver, gustar y oler *(Akasa tatwa, Vayu tatwa, Tejas tatwa Upas tatwa y Prithivi tatwa).* Las vibraciones etéricas, causa de estas sensaciones, son esféricas, y de color negro ó gris, las de Akasa; en espiral y de color azul, las de Vâyu; triangulares y de color rojo, las de Tejas; en forma de media luna, y de color blanco, las de Upas; y las de Prithivi presentan el aspecto de esferoides cuadrangulares, y es su color amarillo.

A estos Tatwas se les dan también los nombres de Tatwa Sonorífero (Akasa), Tatwa Tactífero (Vayu), Tatwa Luminífero (Tejas), Tatwa Gustatorio (Upas) y Tatwa Olfatorio (Prithivi), y correspónden respectivamente al Eter propiamente dicho, al Aire (no lo que como á tal conocemos), al Fuego, á la Humedad, y á la materia sólida; y también los cuatro últimos se hallan íntimamente relacionados con el Hidrógeno Oxígeno, Nitrógeno y Carbono, que según la teoría atómica moderna, de Demócrito de Abdera, el Alquimista, y *no de Daltón*, son respectivamente monodínamo, didínamo, tridínamo y tetradínamo. Hay que advertir, sin embargo, que no deben confundirse á los tatwas con estos elementos químicos, pues son en realidad estos últimos los fenómenos, y aquellos sus noumenos.

Como en la literatura corriente Brahmánica y Vedantina se hace continuamente referencia á la clasificación quinaria y á los Tatwas, debe el estudiante hacerse bien cargo de la primera, y estudiar el magnifico sistema de los Tatwas, el cual puede encontrar magistralmente espuesto en la obra de nuestro sabio hermano Rama Prasad, titulada "*Nature Finer 's Forces,*" ó en los artículos que sobre el mismo asunto ha publicado en el "*Teosophist*„ (1)

La clasificacion Cuaternaria es también de una importancia inmensa, es la del sistema "*Taraka Raja Yoga*„ y se halla enlazada de un modo íntimo con la anterior, pues la Vedanta la emplea mucho; se funda en los cuatro estados de conciencia que en el hombre se observan, para dividir á éste en cuatro principios; estos cuatro estados son el de vigilia, el de ensueño, el de sueño profundo sin ensueños, y el de éxtasis trascendente, *(Jagrata. Swapna, Sushupti y Turyâ)* como en los tres estados primeros, y sobre todo en *Jagrata*, *y Swapna*, que son los que con mayor frecuencia esperimentamos, vemos bien claro que nuestra conciencia cambia de plano; esto constituye un hecho real que no podemos olvidar, y estos distintos grados

(1) «*Nature Finer Forces*», por Rama Prasad 12 p. (7 Duke Street Adelphi, Londres W. C.)

de conciencia son de una importancia en esceso grande para que no den motivo á una clasificación de los principios humanos fundada en los mismos.

El tercer estado, *Sushupti*, todos lo hemos esperimentado con más ó menos frecuencia, cuando nos despertamos después de haber dormido con uno de estos sueños profundos, durante los cuales no se presenta ensueño alguno, porque nuestra conciencia, durante el mismo, ha viajado por regiones por completo estrañas al cerebro físico, y al volver al estado de vigilia, como el cerebro no puede reflejar nada de aquello para lo cual *no es* á manera de placa fotográfica sensible; nuestra personalidad física no recuerda nada, cree que no ha soñado, esperimenta un gran bienestar que traduce con las palabras de "qué bien he dormido", pero este bienestar no es más que el efecto inevitable de *Sushupti*, aunque del porque del mismo no nos demos cuenta.

El cuanto estado *Turyâ*, es por completo inconcebible para nosotros, que no acertamos á comprender el tercero, y que en general sólo apreciamos del segundo su fase inferior, pues hay sueños y sueños, y la mayor parte de nuestros sueños son, ó impresiones caóticas y sin ton ni son, ó la desnaturalización de las esperiencias verdaderas de nuestro Ego, por nuestro cerebro físico, cuyas ideas preconcebidas é impresiones acumuladas no permiten que en él se refleje de un modo fiel y claro lo que tiene lugar, mientras nuestra personalidad física permanece dormida, El hombre perfecto, el Iniciado, el Adepto, no sueña, sabe como concentrar su conciencia, y se va *entero y completo*. Sabe lo que sabe, y puede lo que puede, porque es él en realidad un foco de *Conciencia Pura*, libre, independiente, que se traslada al que quiere de los planos de materia que constituyen su naturaleza inferior, y que si ha llegado á poder permanecer á voluntad en el estado *Turyâ* de conciencia, no es ya un hombre, es un dios, porque entonces se ha libertado de la «*esclavitud de Karma*», y entonces ya no es ni será más «*el ignorante á quien las vestiduras esteriores engañan, haciéndole decir: Tu alma y Mi Alma*. (Catecismo Esotérico).

Por esto tienen tanta importancia estas clasificaciones de principios, estas clasificaciones típicas, pues una vez comprendida la razón y el porque de las mismas y el íntimo enlace que entre ellas existe, poco le importa al estudiante de Ocultismo la que se le presenta, y además tiene la facilidad de poder esplicar muchas cosas á los que saben menos, y que no conciben ó no conocen más que otras clasificaciones más elementales.

NEMO

LAS LEYENDAS DE TRES SALVADORES (1)

CHRISTNA	GAUTAMA-BUDDHA	JESÚS DE NAZARETH
Epoca. Incierta; la ciencia Europea teme el declararse. Pero los cálculos Brahmánicos la fijan 6877 años atrás (2).	*Epoca.* Según la Ciencia Europea y los cálculos Ceilaneses, 2540 años han pasado desde la misma.	*Epoca.* Se supone que desde la misma han transcurrido 1877 años. (2) A Herodes el tirano le son confiados su nacimiento y descendencia real.
Christna desciende de una familia real, pero es educado por pastores; es llamado el Dios Pastor. Su nacimiento y divino descenso son mantenidos en secreto á causa de Kansa.	Gautama es el hijo de un rey. Sus primeros discípulos son pastores y mendigos.	Desciende de la familia rea de David. Al nacer es adorado por pastores; y es llamado el «Buen Pastor» (*Véase el Evangelio según S. Juan.*)
Como una encarnación de Vishnu, la segunda persona de la Trimurti (Trinidad), era Chrisna adorado en Mathura sobre el rio Jumna. (*Véase Strabon y Arrio*) *y los Discursos Rampton. p p 98-100*	Según algunos una encarnación de Vishnu, según otros una encarnación de uno de los Buddhas, y hasta de Ad-Budda, la más Elevada Sabiduría.	Una encarnación del Espíritu Santo, entonces la segunda persona de la Trinidad, hoy día, la tercera. Pero la Trinidad actual no fué inventada hasta 325 años después de su nacimiento. Fué á Mathura ó Matarea (Egipto) y allí obró sus primeros milagros. *Véase el Evangelio de la Infancia*
Christna es perseguido por Kansa, Tirano de Madura, pero escapa milagrosamente; con la esperanza de matar al niño, el rey manda degollar á millares de niños inocentes.	Las Leyendas Buddhistas se hallan libres de este plagiarismo, pero la leyenda católica que hace de él S. Josaphat, presenta á su padre el rey de Kapilavastu, matando á Cristianos (!!) jóvenes é inocentes *Véase La Leyenda Dorada.*	Jesús es perseguido por Herodes, Rey de Judea, pero huye á Egipto bajo la custodia de un ángel. Para asegurar su muerte ordena Herodes la matanza de los inocentes y, fueron sacrificados 40,000 de los mismos.
La madre de Christna era Devaki, ó Devanagui, una Virgen inmaculada (pero había dado á luz á ocho hijos antes que á Christna).	La madre de Buddha fué Maya, ó Mayadeva: casada con su marido (á pesar de esto una virgen inmaculada.)	La madre de Jesús fué Mariam ó Miriam: casada, con marido, y también una virgen inmaculada; pero el capítulo XIII de Mateo y sus versículos 55 y 56, dan lugar á suponer fundadamente que Jesús tenía otros hermanos.
Christna es dotado de belleza, omnisciencia y omnipotencia, desde su nacimiento. Verifica milagros, cura al lisiado y al ciego y saca los demonios. Lava los pies á los Brahma-	Buddha es dotado con los mismos poderes y cualidades y lleva á efecto las mismas maravillas. Pasa su vida entre mendigos. Se ha pretendido en favor de Gautama que fué dis-	Jesús es dotado de una manera análoga. (*Veánse los Evangelios y el Testamento apócrifo*) pasa su vida entre pecadores y publicanos Lanza del mismo modo demonios

(1) Traducido del Ingles. (ISIS UNVEILED, por H. P. Blavatsky, Tomo II.)

(2) Téngase presente que la obra citada se publicó en 1877.

nes, y descendiendo á las regiones inferiores (infierno) pone en libertad á los muertos y vuelve á Vaicontha, el paraíso de Vishnu. Christna era el mismo Dios Vishnu en forma humana.	tinto de todos los demás avatares por poseer en sí el espíritu completo de Buddha, mientras que todos los demás han poseído en sí mismos una porción (ansa) de la divinidad tan sólo.	La única diferencia notable entre los tres es que á Jesús le acusan de espeler los diablos gracias al poder de Beelzebub *Véanse los Evangelios*) lo cual no se ha dicho de los otros. Jesús lava los pies á sus discípulos, muere, desciende al infierno, y sube al cielo, después de haber puesto en libertad á los muertos.
Christna, convierte á becerros en niños y vice-versa. (*Antigüedades Indias de Maurice, vol II. p. 332*). Aplasta la cabeza de la Serpiente (Idem).	Gautama aplasta la cabeza de la Serpiente, ó sea, concluye con el culto Naga, como fetichismo; pero como Jesús, hace de la Serpiente el emblema de la Sabiduría Divina.	Acerca de Jesús se dice que aplastó la cabeza de la Serpiente, en harmonía con la revelación original del Génesis. También transforma á los niños en cabritos y á los cabritos en niños (*Evangelio de la Infancia*).
Christna es un Unitario, combate al clero, ante su faz misma le acusa de ambición y de hipocresia, divulga los grandes secretos de los Santuarios. La unidad de Dios y la inmortalidad de nuestro espíritu. Dice la tradición, que cayó víctima de su venganza. Arjuna, su discípulo favorito, jamás le abandona. Existen tradiciones dignas de crédito, según las cuales murió en la cruz, (un árbol), clavado á la misma por una flecha. Los eruditos más ilustrados, convienen en que la cruz Irlandesa de Tuam erigida largo tiempo antes de la era Cristiana, es Asiática (*Véase «Torres Redondas.» p. 296. y sig; también «Religiones de la Antigüedad:» «Simbolik» de Creuzer, vol I p. 208, y el grabado de la pag. 160 del «Cristianismo Monumental» del Dr. Lundy*). Christna asciende al Swarga, y se convierte en Nirguna.	Buddha suprime la idolatría, divulga los misterios de la unidad de Dios y del Nirvana, cuya verdadera significación era antes sólo conocida por los sacerdotes. Perseguido y arrojado del país, evita la muerte reuniendo en torno suyo á algunos cientos de millares de creyentes en su misión como Buddha. Finalmente, muere rodeado de una multitud de discípulos, siendo Ananda su amado discípulo y primo, el principal entre todos ellos. O' Brien cree que la cruz Irlandesa de Tuam se refiere á Buddha, pero Gautama no fué crucificado; en muchos templos es representado sentado debajo de un árbol cruciforme, el cual es el «Arbol de Vida» En otra imágen permanece sentado sobre Naga, el Raja (Rey) de las Serpientes con una cruz sobre su pecho. (*Véanse las láminas de Moor 75 n.° 3.*)	Jesús se rebela contra la antigua ley Judía, denuncia á los Escribas y Fariseos, y á la Sinagoga, por hipocresía é intolerancia dogmática. Quebranta el Sábado y desafia á la Ley. Es acusado por los Judios de divulgar los secretos del santuario. Es muerto en una cruz (un árbol); del puñado de discípulos á quienes había convertido, uno le hace traición, otro le niega, y los demás le abandonan por fin, escepto Juan, el discípulo amado. Jesús, Christna y Buddha, los tres Salvadores, mueren ó en *árboles* ó debajo de ellos, y están relacionados con cruces, que son simbólica de los tres poderes correspondientes de creación.
	Buddha asciende al Nirvana.	Jesús asciende al Paraíso.

RESULTADO

Hacia la mitad de este siglo, los secuaces de estas tres religiones se contaban según Max-Muller en número de

DE CHRISTNA	DE BUDDHA	DE JESÚS
Brahmanes 60,000,000	Buddhistas 450,000,000	Cristianos 260,000,000

Con el presente número termina la primera série de los *Estudios Teosóficos*, la cual viene á formar como unos prolegómenos, muy completos por cierto, ó un vestíbulo para emprender otros estudios de mayor vuelo. Empezaremos desde luego y sin interrupción, como hasta aquí, la segunda série, la cual inauguraremos con «una perla oriental incomparable», con el admirable opúsculo:

LUZ EN EL SENDERO

Así se titula la obrita que dentro de muy pocos dias verá la luz pública. Son muy pocas sus páginas, pero grandes las enseñanzas que encierra; su autor no es conocido, por lo menos del público, pues los que escriben desde el plano de la *Impersonalidad*, no dan jamás importancia á sus nombres. *Luz en el Sendero*, *Por las Puertas de Oro*, (1) *El Idilio del Loto Blanco*, *La flor y el fruto* y *Quien siembra recoge*, son cinco producciones de la misma pluma, producciones que, junto con las obras de H. P. Blavatsky y el *Bhagavad-Gitâ*, deben constituir el núcleo de la Blibioteca de todo Teosofista.

Las cinco obras citadas, y en especial la primera, son verdaderas *Esencias*, y por esto, ó dicen mucho, ó no dicen nada. La LUZ EN EL SENDERO es una verdadera piedra de toque para las almas.

Advertencia importante.—En el folleto titulado *Ecos del Oriente* que recientemente hemos publicado, se han deslizado algunos errores de caja. Señalaremos los de más trascendencia:

En la página 39, línea 11, se ha puesto.	XVI.
en lugar de.	XIV.
En la página id. línea 26 dice:	311.040.000.000
debiendo decir:	311.040.000.000.000
En la página id., línea 29, dice:	4.321.320.000
debiendo decir:	4.320.000
En la página 40 Nota dice:	*visitó*
debe decir:	*vistió*

(1) Comenzará su publicación en el número próximo de los *Estudios Teosóficos*.